

EL IDEAL MODERNO

ÓRGANO DE INTERESES LOCALES Y GENERALES.—Ciencias, Artes, Industria, Comercio, Agricultura, Noticias y Anuncios

2.^a época. — Año III.

Mataró. — Sábado 8 de Setiembre de 1883.

Núm. 36.

Suscripción al mes. 50 cénts.
Remitidos. 12 » línea.
Anuncios. — Precios convencionales.
Números sueltos 6 cuarto

REDACCION Y ADMINISTRACION: San José, 34.
Para suscripciones y anuncios del extranjero: Gustavo Bentfeldt, Madrid.

COSAS PASMOSAS

El Señor se sirve de medios misteriosos é impenetrables, lo mismo para salvar, que para condenar sus criaturas. La vida del glorioso S. Cipriano es un ejemplo evidente de lo dicho; y es positivo que ningun libertino desenfrenado, seria nunca capaz de imaginar que sus propias liviandades, y la impureza de sus deseos, pudiesen ser los medios por el Señor escogitados, para conducirle á la eterna gloria celestial.

En el siglo III del Cristianismo, vivia en Antioquia una hermosísima doncella llamada Justina, hija de un sacerdote de los dioses falsos; de modo que, ~~según se dice~~ la dificultad no ha consistido nunca en encontrar sacerdotes, sino en distinguir entre los falsos y los verdaderos dioses. Un diácono de la Iglesia romana puso empeño en conquistar á Justina para la religion del Dios verdadero; y no solo convirtió á Justina, sino que tambien á sus padres, despues de haberse aparecido á estos un crucifijo rodeado de una multitud de ángeles que les dijo: «Venid á mí, yo os daré el reino de los cielos». Un joven llamado Cipriano, célebre mágico, que por sus padres, desde la edad de siete años, habia sido consagrado al demonio, adelantó de tal modo en arte tan infernal, que se le habia visto muchas veces transformar á las señoras en jumentos, y hacer una multitud de milagros sorprendentes, por medio de sus hechizos y prestigios. Este tal Cipriano se enamoró frenéticamente de Justina, y para alcanzarla, recurrió á la mágia y evocó á un demonio. — ¿Qué quieres de mí? — preguntó á Cipriano el demonio. — Que hagas lo posible para que Justina secunde mi pasion, respondió Cipriano; ¿puedes hacerlo? — Veremos, replicó el réprobo. Toma este licor, viértelo al rededor de la casa de Justina: yo penetraré en ella durante la noche, y haré cuanto quepa para que te ame. Al sentir en la noche siguiente un deseo inusitado, Justina hizo por todo su cuerpo la señal de la cruz. Aterrado el demonio por este signo, tomó soleta, y Cipriano al ver el mal éxito de la empresa, despidió á su ayudante; llamando enseguida á otro demonio más poderoso que el primero.

El demonio número dos corrió á encandilar á Justina para complacer á Cipriano. Colocóse al

lado de la doncella, mientras estaba en su cama, y empleó toda la destreza de que es capaz un demonio para pervertir el corazón de la doncella. Pero ésta, adivinando el juego, «hizo enseguida la señal de la cruz, sopló sobre el demonio, quien huyó al momento corrido y avergonzado.» — ¿Qué has hecho de Justina? preguntóle Cipriano. — Soy vencido, contestó el diablo. Una señal terrible que temo nombrar, me ha obligado á retirarme. — Márchate tú tambien, exclamó furioso el mágico Cipriano. Entonces éste evocó al príncipe de los demonios, quien tomando el asunto á pechos, hizo las mil y una diabluras para marchitar la castidad de Justina. Transformóse de buenas á primeras en una linda doncella, amiga de Justina, y con argumentos muy contundentes la hizo entrar en dudas acerca si era ó no agradable á Dios conservarse la muger en un estado que la impide cumplir el precepto que el Creador impuso á nuestros primeros padres, cuando en latin les dijo: «Crescite et multiplicamini», etc. La pobre Justina, hasta llegó á temer ser algun dia castigada por desobediencia al Señor; y mientras así iba la doncella discurriendo, sentia nacer en su alma los ardores mas provocativos. Esto mismo la hizo temer que quizás todo lo que sentia y pensaba era obra de Satan, y acto seguido hizo la señal de la cruz, sopló sobre la fingida amiga, y ésta desapareció instantáneamente, y disipóse la tentacion.

Pero el príncipe de los demonios no se dió todavía por vencido, sino que mientras Justina estaba acostada, entró de nuevo bajo la figura de un arrogante mozo; arrojóse sobre la cama y quiso hacer diabluras. Una nueva señal de la cruz forzóle á huir, si bien tampoco se retiró definitivamente. «Abrumó á Justina con enfermedades, y esparció la muerte por toda la ciudad de Antioquia, haciendo decir al mismo tiempo á los endemoniados, que no cesarian aquellas calamidades hasta que Justina consintiese en casarse. De suerte que se veia todos los dias una multitud de moribundos arrastrarse á la puerta de la casa de la virgen, suplicándola que tomase un esposo y salvase al pueblo de Antioquia. Pero no quiso consentir Justina, y la peste continuó haciendo estragos durante siete años. Entonces, como la ciudad estaba casi despoblada, y el resto de los habitantes amenazaba asesinar á la obstinada virgen, Justina oró por el pueblo, y la desolacion cesó.»

No sabe aquí el lector que admirar mas, si la terquedad de Justina en conservar la inestimable joya de su integridad; si su flema en decidirse á orar por el pueblo, despues de verle siete años seguidos sufriendo los rigores de la peste, por causa

de la terquedad de ella; si la cachaza suma con que Dios contemplaba tanta desdicha por tan leve motivo; ó la dicha de haber vivido en aquellos tiempos en que ocurrían, ó se escribían tales sucesos; tan verídicos, por mas que digan los impíos, que se publicaron con todas las licencias eclesiásticas, en la *Oms auream. Jac de Voragine*, editio Claudii á Rota. Rothomagi 1544. » Prosigamos. «Viendo el diablo que nada conseguia, y que de ningun modo podia seducir á la candorosa doncella, resolvió al menos conservar su reputacion. Tomó la figura de esta jóven y se presentó á Cipriano con amorosos ojos. Persuadido el mágico que la que estaba viendo era la misma á quien amaba, exclamó: «Sed muy bienvenida, encantadora Justina.» Pero á este nombre, el diablo, como herido de un rayo, se desvaneció en humo. Cipriano asombrado y confuso, no desterró por esto su amor. Transformóse él mismo ya en una joven, ya en pajarillo, y fué en persona á hacerla la corte por espacio de algunos dias; mas no por eso fué mas feliz que en otros tiempos. Esta debilidad del poder infernal contra los cristianos le asombró al fin; renunció á la mágia y al comercio del infierno, abrazó el cristianismo, y tuvo una conducta tan ejemplar, que llegó á ser luego obispo de Antioquia. Trocose entonces su amor para con Justina, en estimacion y pura amistad. Estableció un convento de monjas, del que Justina fué abadesa; y desde entonces la pudo ver sin crimen. Justina fué Santa, y él San Cipriano.»

Si en nuestros tiempos todas las mujeres fueran del temple de Santa Justina, lo cual no es muy frecuente, apurados nos veriamos para encontrar nodrizas, mientras que los nodrizos abundarian como las moscas. ¿Quién negará que lo referido en el citado libro, y por nosotros compendiado sumariamente, es muy pasmoso?

Un mozo libertino, mágico, que se tutea con el demonio, que los tiene á su servicio, que se enamora de una doncella, y que á pesar de todo, ve su poderío aniquilado ante la señal de la cruz, es un conjunto maravilloso; y venimos en conocimiento de cuan necesario y útil es persignarnos á la vuelta de cada esquina. ¡Oh! y cuan cierto es que la cruz es el Lábaro Santo, y que *in hoc signo vinces*. ¿Qué? ¿Tampoco sabeis, lectores míos, lo que es el Lábaro Santo? Sois mas ignorantes que las ranas. ¡Ya se vé; como nunca leeis! El Lábaro Santo es una vision; ni mas, ni menos. Pero por causa de ella Constantino, emperador romano, se convirtió al cristianismo, del modo siguiente. Apurados los romanos por la tirania de Majencio, enviaron á llamar secretamente á Constantino, que hacia cinco años habia sucedido á su padre Constancio Cloro en el gobierno de las Galias, España, Germania, y las Islas Británicas. Al frente de un poderoso

Jose Escalot